

# ESPIRITU Y CULTURA

## LOS CARACTERES DEL ESPIRITU

La de-velación y posesión del ser por la inteligencia.

*El hombre, que por los sentidos sólo percibe los datos individuales fenoménicos -"esto coloreado", "esto sonoro", etc.-, por su inteligencia de-vela y aprehende el ser trascendente o trans-subjetivo. En este acto se hace presente una realidad distinta del sujeto y en cuanto distinta de él: como ob-jectum. En otros términos, el acto intelectual se manifiesta como intencional, en una dualidad lúcida o consciente del sujeto y objeto, irreductibles el uno al otro, aunque condicionada la aparición del segundo al primero.*

*Por el acto intelectual, en que el ser del objeto se hace presente en el ser del sujeto, el hombre se adueña del ser de las cosas y simultáneamente del propio ser.*

*Esta aprehensión o presencia consciente del ser trascendente e inmanente, constituye el primer rasgo o manifestación del espíritu: de una actividad esencialmente superior e irreductible a la materia en todos sus grados y manifestaciones. Por ella el hombre trasciende enteramente el mundo de los fenómenos y alcanza la transparencia de la verdad o manifestación del ser -y con ella, la de la dualidad consciente de sujeto y objeto-, que lo coloca por encima de todo el universo corpóreo: únicamente él es dueño del ser, ya que no sólo es sino que sabe que es y sabe que las cosas son.*

La posesión del ser por la libertad.

*En la gama de los seres materiales, desde los inorgánicos y los vivientes inconscientes hasta los animales que conocen y apetecen las cosas que asimilan pero sin de-velar ni alcanzar el ser, "la cadena del determinismo se alarga, pero no se rompe", dice magistralmente Bergson. Ninguno de ellos es dueño de su actividad.*

*En cambio, bajo la visión del ser, de la inteligencia, la voluntad se proyecta necesariamente sobre él como bien o apetecible, en el sentido de que nada puede ella apetecer sino bajo esa noción de bien, que no es sino el ser en acto o perfección. En esa amplitud infinita de este objeto que necesariamente la especifica, radica la raíz de la libertad de la voluntad. Frente a cualquier ser o bien finito la voluntad es capaz de apetecerlo en cuanto participa del bien, en cuanto es un bien, pero puede no quererlo o querer otro bien, incluso opuesto a él, porque no es el bien, no agota la infinitud del bien.*

*La libertad surge de este juicio práctico de indiferencia y consiste en la posibilidad activa o dominio sobre la propia actividad para querer o no un bien o para querer otro bien, hasta opuesto a él.*

*La libertad no es indiferencia pasiva -capacidad de recibir una u otra determinación- como la que posee la materia, sino todo lo contrario: una indiferencia activa, capaz de autodeterminación: no una indeterminación por pobreza, una capacidad indeterminada o potencial, sino por riqueza o acto que incluye la capacidad de autodeterminarse por uno u otro acto, especificado a su vez por uno u otro objeto.*

*A diferencia y en oposición al ser material, determinado en toda su actividad de un modo necesario y capaz sólo de ser determinado pasiva o potencialmente, el hombre, únicamente él, precisamente por su espíritu, es capaz de un apetito, la voluntad, de autodeterminación. La voluntad no sólo posee su actividad, sino que la posee en múltiples posibilidades de realización, tanto sobre las cosas como sobre su propio ser.*

*De este señorío sobre la propia actividad brota la capacidad de modificar y enriquecer la acción y el ser de las cosas. Sin romper el determinismo de las leyes naturales que las rigen, por su libertad el hombre es capaz de introducir en ellas modificaciones, que canalizan su actuación hacia la consecución de nuevos bienes, inalcanzables en el ámbito de su acción natural. También sobre la propia actividad espiritual de su inteligencia y*

*de su libertad es capaz de imprimir modificaciones estables o hábitos, que la enriquecen con la capacidad de ordenarse de una manera estable a su respectivo bien.*

El hombre, Imago Dei.

*Por la actividad intelectual y volitiva, esencialmente distinta y aun opuesta e irreductible a la de la materia y, en tal sentido espiritual, el hombre se adueña de un modo inmaterial o intencional del ser trascendente y del ser inmanente, mediante el conocimiento y la libertad. Por la aprehensión intelectual y por la libertad se adueña del ser y actividad propios y del ser y actividad de las cosas. Esta lúcida y activa posesión de su actividad y de su ser inmanente y del ser y actividad trascendentes de las cosas, lo constituyen al hombre en persona.*

*De aquí que si el ser de los entes materiales es un "vestigio" o manifestación del Ser de Dios, el ser espiritual del hombre es la imagen de Dios (Imago Dei), porque participa de la Inteligencia y Libertad divinas, por esta actividad intelectual y libre, con la que es capaz de conocer y amar al mismo Ser de Dios y también de continuar y ampliar la obra de Dios con la cultura.*

*Únicamente por el espíritu -inteligencia y libertad- del hombre, el ser puede ser de-velado y acrecentado, puede llegar a ser cultura.*

## LA CULTURA

El alcance de la creación cultural.

*El hombre se encuentra en su circunstancia geográfica e histórica, sin que se haya autoelegido en su ser ni tampoco haya elegido ni causado el ser de las cosas, en que se encuentra. El ser propio y el de las cosas naturales son anteriores al dominio de la intelección y de la libertad.*

*Sin embargo, a diferencia de los seres materiales sumergidos en la inconsciencia o en la penumbra de los conocimientos fenoménicos de los sentidos y sujetos a la vez al determinismo necesario de las leyes naturales - físicas, químicas, biológicas e instintivas-, sólo el hombre, por su espíritu, logra aprehender y modificar libremente la actividad y el ser de las cosas y del yo y crear un mundo nuevo: la cultura.*

*Esta es el enriquecimiento del ser de las cosas y del propio ser humano mediante la actuación del espíritu; porque únicamente el espíritu, por su actividad inteligente y libre, es capaz de des-cubrir y forjar y luego infundir en el ser de las cosas y en el propio ser nuevas formas de ser que lo perfeccionan y enriquecen más allá del ser naturalmente dado.*

*Esta nueva realidad creada por el espíritu -a través de las manos o de los instrumentos, cuando se trata de modificación de los seres materiales- mediante la transformación conscientemente elaborada y libremente infundida en los entes del mundo y en lo propio del hombre, constituye la cultura.*

La cultura, expresión encarnada del espíritu.

*La obra organizada por la cultura trasunta y remite siempre al espíritu que la engendra, porque en la factura cultural -material o espiritual en su realización- se expresa siempre la intención y el fin que el espíritu se ha propuesto en su realización y, por eso, hay en ella algo esencialmente superior al ser naturalmente dado en que se instaura. Así en las formas con que ha sido labrada una piedra para cortar y en la manera con que han sido transformados y combinados un conjunto de elementos naturales para constituir un máquina, se expresa y está como encarnada la intención y el fin que el espíritu se ha propuesto en su creación, y que trasciende esencialmente a las modificaciones o formas materiales introducidas para lograrlos.*

*Por eso también, el único capaz de de-velar y comprender la cultura en su sentido y alcance propio, en aquello en que esencialmente supera a los entes naturales con que está elaborada y que precisamente los eleva al nivel de cultura, es el espíritu. Únicamente un ser inteligente es capaz de captar aquello que en los seres naturales*

*ha impreso y expresado y ha querido lograr otro espíritu inteligente, cabalmente porque el significado e intención impresa en los entes naturales es de índole espiritual y está por encima del ser natural que se encarna.*

*Este mundo interior del espíritu creador, encarnado en la expresión cultural, permanece enteramente oculto para cualquier otro ser que no sea espiritual, otro hombre es el único, quien a través de las formas impresas por el otro ser espiritual, otro hombre, en los seres naturales, es capaz de des-cifrar y comprender su mensaje, sus significación y su finalidad.*

*La cultura se constituye así en el vehículo con que, a través de los seres naturales intencionalmente modificados por el hombre creador de la cultura, los seres espirituales, las personas, son. capaces de comunicarse y enriquecerse.*

*El hombre es, pues, el destinatario de la cultura, no sólo en cuanto es el único capaz de comprenderla con su inteligencia, sino también en cuanto es el único capaz de aprovecharla con su libertad. El hombre no sólo puede llegar a comprender cómo está hecha y para qué sirve una máquina, sino que es también capaz de emplearla libremente para obtener los fines para los que está hecha, o sea, para los fines para los que la elaboró su inventor y su fabricante.*

*En síntesis, la cultura es la realidad creada por un espíritu, que por ser finito y creado, es incapaz de crear algo desde la nada absoluta; pero, sin embargo, por ser espíritu, es capaz de dar origen a un nuevo mundo estructurado sobre los entes naturales, mediante su transformación o cambios introducidos en ellos, para alcanzar nuevos bienes que no ofrecían por sí solos los seres naturales.*

*La cultura engendra un enriquecimiento del ser en las cosas y en el propio hombre, por la introducción de nuevas formas -a través de las manos o de los instrumentos, cuando se trata de seres materiales, sin excluir el propio cuerpo y vida material del hombre- realizada por el espíritu del hombre, por su inteligencia y su libertad.*

*Por eso también, únicamente otro ser espiritual, otro hombre, es capaz de de-velar y comprender un ser cultural con, su inteligencia y emplearlo para los fines con que ha sido elaborado, con su decisión libre.*

*Ese plus que el espíritu introduce en los seres materiales o en el propio ser humano para enriquecerlos y que constituye la cultura o el humanismo, es logrado por la introducción de nuevas formas -accidentales o substanciales, según los casos- en los seres naturalmente dados con que se obtienen los fines o bienes que el espíritu se ha propuesto alcanzar en los seres naturales, pero más allá de sus capacidades puramente naturales.*

*La cultura se presenta, pues, como una continuación de la acción creadora de Dios. Con su espíritu el hombre ha recibido de Dios la capacidad de añadir algo, de enriquecer o perfeccionar lo que Dios ha hecho en él y en el mundo.*

## Los bienes propios de la cultura.

*El espíritu está esencialmente orientado por su inteligencia a la verdad, por su voluntad al bien. El bien apetecido puede existir o no: se trata ya de un bien existente por obtener, ya de un bien no existente por hacer - bonum obtinendum o bonum efficiendum, según la expresiva frase de Santo Tomás-*

*Cuando la voluntad, dirigida por la inteligencia, libremente quiere dar existencia a un bien que no existe, en las cosas o en el propio ser, realiza cultura.*

*La acción creadora del bien en las cosas o en el propio ser material del hombre, que realiza la intervención libre de la voluntad, a través de los órganos o instrumentos materiales, constituye la cultura del hacer técnico y artístico, según que el bien buscado sea lo útil -medio para obtener un bien- o lo bello.*

*En cambio, la acción que intenta obtener el bien en el propio ser de la acción libre, mediante la creación de los hábitos buenos o virtudes, con los que la voluntad quede enderezada permanentemente hacia la consecución del bien del hombre, es decir, al bien honesto o moral, constituye la cultura del obrar moral.*

*Finalmente, la búsqueda de instaurar en la inteligencia una facilidad permanente, un hábito, de razonar rectamente, es decir, de acuerdo a las exigencias de la verdad objetiva, constituye la cultura del contemplar o de*

la inteligencia, con la cual ésta puede ordenarse habitualmente a la búsqueda de la verdad, evitando los peligros de los sofismas y de los consiguientes errores. Son los hábitos de la ciencia y de la sabiduría.

*El bien de las cosas, el bien útil o bello; el bien de la voluntad, el bien honesto o moral; y el bien de la inteligencia, el bien de la verdad, logrados por el hacer, el obrar y el contemplar, enriquecidos por los hábitos o facilidades impresas en ellos, que de un modo permanente los disponen -y en el caso de las virtudes, también inclinan- al logro eficaz de tales bienes, constituyen el tesoro de la cultura en los diferentes sectores de la actividad humana y también en los seres de las cosas en cuanto dependen de aquélla y son transformados por ella para el bien del hombre.*

La cultura en su sentido más riguroso.

*La cultura propiamente tal reside en el enriquecimiento de los hábitos de la técnica y del arte, de las virtudes morales e intelectuales, con que el espíritu, a través de la inteligencia y de la voluntad, se enriquece y adquiere la inclinación permanente para obrar o hacer bien su propia actividad o las cosas, respectivamente -enriquecido este hacer a su vez por los hábitos manuales en el buen uso de los instrumentos, cuando se trata de la actividad cultural sobre la materia- que en los bienes mismos logrados por la actuación del espíritu. en busca de un bien, engendra los bienes de la cultura. Pero en suprema instancia, más que en estos bienes, la cultura reside en el espíritu mismo enriquecido, con los hábitos o capacidades adquiridas por la propia acción del espíritu, y que le confieren el dominio y la facilidad permanente para obtener con perfección los bienes de la cultura. Precisamente la posesión de tales hábitos enriquecedores del espíritu para elaborar la cultura en las cosas y en el propio ser humano, hacen del que los posee un hombre culto, es decir, un artesano, un artista, un santo u hombre honesto y bueno, un sabio y un científico.*

Organización jerárquica de la cultura y de sus bienes.

*Para que los bienes de la cultura sean verdaderamente tales y, más todavía, para que lo sean la misma actividad cultural que los engendra, es menester que el bien de la técnica y su actividad se subordinen al bien de la belleza y del quehacer artístico, porque el medio debe subordinarse al fin.*

*En segundo lugar, el bien y la actividad de ambos -del hacer técnico y artístico- han de subordinarse al bien y a la actividad moral, del obrar humano, porque todos los bienes materiales y la actividad que los engendra han de servir a la actividad espiritual específica del hombre, por la que éste se perfecciona. Finalmente dentro de los bienes y actividades espirituales, el bien y la actividad moral o de perfeccionamiento humano como tal, ha de subordinarse al bien de la verdad de la inteligencia que la capta, porque, a través de la contemplación intelectual y desinteresada de la verdad, en la inmanencia de este acto aprehendente se alcanza la posesión intencional del ser trascendente y, en última instancia, del Ser trascendente divino, con el que se actualiza y se logra la plenitud del ser humano y se alcanza su consiguiente felicidad.*

Sentido temporal e histórico de la cultura.

*La belleza, la bondad y la verdad son las metas o valores supremos del espíritu, en cuya búsqueda inteligente y libre crea él la cultura o humanismo: como una consecución o realización limitada, temporal e histórica, de los mismos, en su vida terrena, en busca y camino de una consecución plena de la Belleza, Bondad y Verdad infinitas, más allá del tiempo y de la historia. En efecto, la meta suprema del espíritu humano no es esta o aquella belleza, bondad o verdad, sino la Belleza, Bondad y Verdad; y en virtud de esta búsqueda incoercible y quemante de estas metas infinitas -que se identifican con el Ser infinito de Dios- el hombre no se agota jamás en la realización de lo útil y de lo bello -propia de la técnica, la economía y el arte -y no se contenta nunca con el bien humano alcanzado -en la moral- y no se detiene tampoco en la conquista de la verdad alcanzada -en las ciencias y la filosofía y también en la teología, en un orden cristiano-.*

*La cultura se ubica en el tiempo histórico, tiene como sujeto activo y creador al homo viator, al hombre temporal e histórico, en busca incesante del bien útil, de la técnica y de la economía, del bien de la belleza del arte, del bien humano u honesto de la moral y del bien de la verdad en las ciencias y la filosofía.*

*Sin embargo, sólo con la Verdad, Bondad y Belleza infinitas, como metas supremas y ultratemporales del espíritu inmortal del hombre, cobra sentido la búsqueda y realización finita incesante e insaciada de tales bienes en el tiempo y la historia, en una palabra, cobra sentido la cultura o el humanismo. Esta se ubica, pues, entre un hombre tal cual es naturalmente dado en el tiempo -terminus a quo- y un hombre tal como debe llegar a ser en su realización plena, más allá de la vida del tiempo -terminus ad quem-.*

*La cultura logra su más hondo sentido como un recorrido temporal e histórico del espíritu finito y encarnado en el tiempo en búsqueda azarosa del Espíritu infinito, más allá del tiempo y de la misma cultura. Esta, pues, no es sino el perfeccionamiento sin tregua ni descanso, del propio ser humano, y de las cosas externas con relación y subordinación a él, realizado en el tiempo y la historia por el espíritu finito en el tiempo, en búsqueda de una meta o Bien infinito, que desde más allá del tiempo y de la historia lo mueve y determina. La cultura es, por eso, una participación del Bien infinito, finita e históricamente realizada en el tiempo. Por ese Bien logran categoría de bien todos los bienes o valores de la cultura, que constituyen, por eso mismo, una aproximación y una preparación para su consecución definitiva más allá de la cultura misma. En esta perspectiva de un Bien o Valor infinito, como Meta o Fin, que desde más allá del tiempo y la historia mueve al espíritu finito del hombre a su búsqueda incesante y sin término, la cultura alcanza su cabal significación, como el camino recorrido en el tiempo y la historia por el homo viator para acercarse más y más a aquel Bien del homo beatus.*

### Esencia y existencia de la cultura.

*Por eso también, las realizaciones históricas finitas de la cultura no agotan nunca la capacidad del espíritu para nuevas e incesantes creaciones, precisamente porque ninguna de ellas agota o realiza plenamente el Bien o Valor infinito, que, desde más allá del tiempo y la cultura lo mueve, y por cuya posesión, consciente o inconscientemente el hombre actúa en las realizaciones culturales. De aquí que el espíritu vuelva una y otra vez - a través de la pequeña historia personal o de la grande historia de los hombres- a intentar nuevas formas de realización de los bienes de la cultura, tanto en la técnica, la economía y el arte, como en la moral, las ciencias y la filosofía. Ningún auténtico artista, santo o sabio se ha detenido en el camino de la realización de sus bienes o valores respectivos; al contrario, después de logrado un bien determinado -una obra artística, un nuevo grado de perfección moral, una nueva conclusión científica o filosófica- surge más exacerbado el anhelo del Bien infinito - bajo alguna de sus facetas de Verdad, Bondad, Belleza- que lo lleva a insistir una y otra vez y con intensidad y elevación crecientes en la realización de nuevos bienes. Ningún hombre de cultura -artesano, artista, sabio o santo- se encuentra satisfecho con el bien logrado; y cuanto más ha avanzado en el camino de conquista de su bien o valor respectivo, más y más exacerbado surge en él el ansia de existir en nuevas y más perfectas realizaciones. La vida de los grandes artistas, de Miguel Angel, por ejemplo, son ejemplares a este respecto. Esta es la raíz desbordante de donde surgen los cambios en las encarnaciones de esos bienes en las distintas épocas y en las distintas personas: la raíz que engendra los cambios de formas y estilos en el arte, las nuevas manifestaciones de la virtud frente a nuevas circunstancias, las nuevas conquistas y realizaciones de las ciencias, de las técnicas y de la economía, de acuerdo al desarrollo y posibilidades nuevas de cada época, y las nuevas formulaciones y problemáticas de la filosofía frente a un mundo en mutación.*

*Los mismos valores, inmutables en su esencia, como la Belleza, la Bondad y la Verdad, de las que participan, se realizan en nuevas y cambiantes formas o encarnaciones, de acuerdo a las nuevas situaciones y oportunidades traídas por el cambio. Esta transformación incesante de las formas existenciales o concretas de la cultura, es inagotable, precisamente porque tales realizaciones culturales son finitas, incapaces de agotar el Bien o Valor infinito, del que participan y que desde la trascendencia ultratemporal, las mueve y determina.*

*Lo importante en este punto, no es tanto señalar esta posibilidad de cambio de formas, que son evidentes por la misma experiencia histórica y a priori por la razón apuntada de su finitud, como la permanencia o inmutabilidad de los bienes o valores esenciales, que deben reconocerse siempre -lo verdadero, lo bueno u honesto y lo hermoso- en las realizaciones concretas, para que sean realmente obras de cultura. Porque, como ya advertía Aristóteles a la tesis de Heráclito, para que un ser cambie o llegue a ser otro, algo de él debe permanecer, porque sin esta permanencia no hay cambio. Y en los entes culturales lo que permanece es precisamente el bien o valor de la verdad, de la bondad y de la belleza que encarnan.*

*De este modo podríamos concluir que hay una cultura esencial, una creación humana de bienes o valores permanentes en las cosas y en el propio hombre, pero que tal creación cultural esencial se realiza en múltiples e inagotables formas, en incesantes encarnaciones o culturas personales y sociales a través de la historia.*

NOTA: Trabajo expuesto en el VIII Congreso Interamericano de Filosofía, Brasilia, octubre de 1972.

**OCTAVIO N. DERISI**